

STEPHEN KING

acerqué a Cassie
con el pecho así
poco respiraba
ndo se marchaba
do un tiro a ese
te porque yo sa
estábamos luchand
i ri Cassie y solo ten

incionaba. No siem
una m

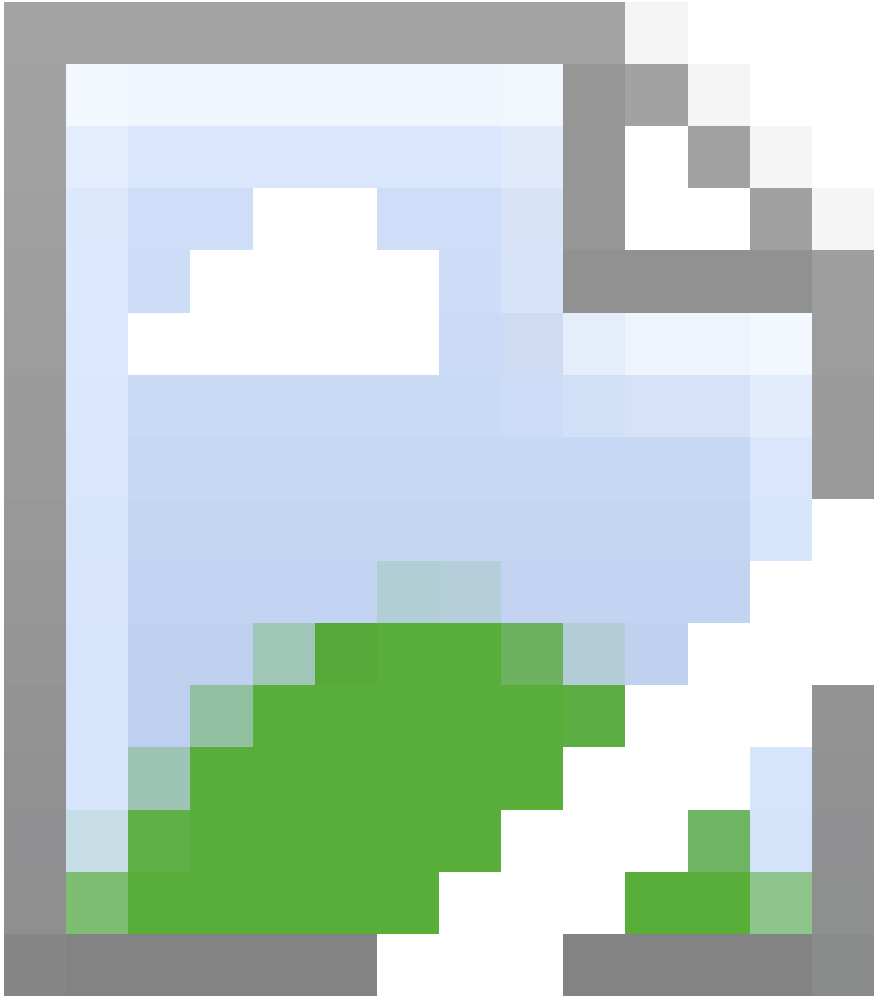
y acabé estar al
taba seguro de que
ra Skyline Drive 19
rá en la lavandería abe
la hermana ha muerto
y probé si tenía aliento
án unos agentes. Le dije

BILLY SUMMERS

Billy Summers es un asesino a sueldo y el mejor en lo suyo, pero tiene una norma: solo acepta un encargo si su objetivo es realmente mala persona. Ahora Billy quiere dejarlo, pero todavía le queda un último golpe.

Y siendo uno de los mejores francotiradores del mundo, un veterano condecorado de la guerra de Irak, un auténtico Houdini cuando toca desaparecer después de finalizar un trabajo, ¿qué podría salirle mal?

Todo.



En recuerdo de Raymond y Sarah Jane Spruce

Una vez anduve perdido, pero ahora he sido hallado.

Amazing Grace

1**1**

Billy Summers, sentado en el vestíbulo del hotel, espera el coche que viene a recogerlo. Es viernes al mediodía. Aunque está leyendo un cómic en formato digest titulado *Archie y sus amigos y amigas*, está pensando en Émile Zola, y en la tercera novela de este, su primer éxito, *Thérèse Raquin*. Piensa que es en gran medida el libro de un autor joven. Piensa que Zola apenas empezaba a excavar lo que acabaría siendo un profundo y fabuloso filón. Piensa que Zola era –es– la versión angustiosa de Charles Dickens. Piensa que eso sería una buena tesis para un ensayo. Aunque tampoco es que haya escrito nunca ninguno.

A las doce y dos minutos se abre la puerta y entran dos hombres en el vestíbulo. Uno es alto, de pelo negro, y luce un tupé de los años cincuenta. El otro es bajo y lleva gafas. Los dos van trajeados. Todos los hombres de Nick van trajeados. Billy conoce al alto de sus visitas al oeste. Trabaja para Nick desde hace mucho tiempo. Se llama Frank Macintosh. Por el tupé, algunos de los hombres de Nick lo llaman Frankie Elvis, o –ahora que tiene una pequeña calva en la coronilla– Elvis Solar. Pero no delante de él. Billy no conoce al otro. Debe de ser de la ciudad.

Macintosh le tiende la mano. Billy se pone en pie y se la estrecha.

–Eh, Billy, cuánto tiempo. Me alegro de verte.

–Lo mismo digo, Frank.

–Te presento a Paulie Logan.

–Hola, Paulie. –Billy da un apretón de manos al más bajo.

–Encantado de conocerte, Billy.

Macintosh le coge el cómic de *Archie*.

–Ya veo que sigues leyendo cómics.

–Sí –contesta Billy–. Sí. Me gustan bastante. Los divertidos. A veces leo los de superhéroes, pero no me gustan tanto.

Macintosh hojea el cómic y enseña algo a Paulie Logan.

–Fíjate qué chicas. Tío, con estas podría meneármela.

–Betty y Veronica –informa Billy al tiempo que recupera el cómic–. Veronica es la novia de Archie, y Betty quiere serlo.

–¿También lees libros? –pregunta Logan.

–Alguno que otro, en los viajes largos. Y revistas. Pero sobre todo cómics.

–Bien, bien –dice Logan, y guiña un ojo a Macintosh. No es muy sutil, y Macintosh frunce el ceño, pero a Billy no le molesta.

–¿Listo para acompañarnos? –pregunta Macintosh.

–Claro. –Billy se guarda el cómic en el bolsillo trasero. Archie y sus exuberantes amigas. También eso podría ser tema de un ensayo por escribir. El solaz que el lector encuentra en unos cortes de pelo y unas actitudes inmutables. Riverdale, y el hecho de que ahí el tiempo se haya detenido.

–Vamos, pues –dice Macintosh–. Nick nos espera.

2

Conduce Macintosh. Logan anuncia que él viajará detrás porque es bajo. Billy prevé que se dirijan hacia el oeste,

porque es donde se encuentra la parte elegante de esta ciudad, y a Nick Majarian le gusta vivir a lo grande tanto en casa como fuera. Y no se aloja en hoteles. Sin embargo, ponen rumbo al noreste.

A unos tres kilómetros del centro, acceden a una zona que, por lo que Billy ve, es de clase media baja. Tres o cuatro peldaños por encima del parque de caravanas donde él se crio, pero no elegante ni mucho menos. Sin grandes casas con verja, de eso aquí no hay. Es un barrio de bungalows con franjas de hierba regadas por aspersores giratorios. La mayoría son de una sola planta. La mayoría están bien cuidados, aunque unos cuantos necesitan una mano de pintura y la maleza invade el césped de algunos jardines. En una casa ve una ventana rota cubierta con un cartón. Delante de otra, un gordo en bermudas y camiseta de tirantes, instalado en una tumbona de Costco o Sam's Club, bebe cerveza y los observa pasar. En Estados Unidos corren buenos tiempos desde hace unos años, pero quizá eso cambie pronto. Billy conoce esta clase de barrios. Son un barómetro, y este ha empezado a decaer. La gente que vive aquí trabaja en sitios en los que hay que fichar.

Macintosh se detiene en el camino de acceso a una casa de dos plantas con calvas en el césped. Es de un amarillo apagado. No está mal, pero nadie diría que es la clase de residencia que Nick Majarian elegiría para vivir, ni siquiera durante unos días. Parece más bien la vivienda de un operario o un empleado de aeropuerto de bajo nivel, casado con una mujer aficionada a recortar cupones y padre de dos hijos, que paga la hipoteca cada mes y va a la bolera los jueves por la noche para jugar en la liga patrocinada por el bar del barrio.

Logan baja del vehículo y abre la puerta a Billy. Este deja su *Archie* en el salpicadero y sale.

Precedidos por Macintosh, suben al porche. Fuera hace calor, pero dentro hay aire acondicionado. Nick Majarian está de pie en el corto pasillo que conduce a la coci-

na. Viste un traje que probablemente cueste casi tanto como una mensualidad de la hipoteca de esa casa. Lleva el cabello ralo aplanado contra el cráneo, nada de tupés. Tiene la cara redonda y un bronceado de Las Vegas. Es robusto, pero cuando estrecha a Billy entre sus brazos, este se da cuenta de que ese vientre prominente está duro como una piedra.

—¡Billy! —exclama Nick, y le besa las dos mejillas. Besos sonoros y efusivos. Luce la mejor de sus sonrisas—. ¡Billy, Billy, tío, cuánto me alegro de verte!

—Yo también me alegro, Nick. —Mira alrededor—. Por lo general, te alojas en sitios más elegantes que este. —Guarda silencio por un momento—. Si no te importa que te lo diga.

Nick se ríe. Tiene una carcajada encantadora y contagiosa a la altura de su sonrisa. Macintosh se suma a las risas y Logan sonrío.

—Tengo otro sitio en el lado oeste. Por poco tiempo. Podríamos decir que estoy cuidándoles la casa. Hay una fuente en el jardín, con un niño desnudo en el centro, uno de esos... ¿cómo se llaman?

Querubines, piensa Billy, pero se lo calla, limitándose a mantener la sonrisa.

—Da igual, un niño pequeño que mea agua. Ya lo verás, ya lo verás. No, Billy, esta no es mi casa. Es la tuya. Si decides aceptar el trabajo, claro.

3

Nick le enseña la casa.

—Totalmente amueblada —dice, como si la estuviera vendiendo. Quizá en cierto modo así es.

Esta casa en particular tiene dos plantas. Arriba hay tres dormitorios y dos cuartos de baño, el segundo pequeño, probablemente para los niños; abajo, una cocina,

un salón y un comedor, este último tan exiguo que en realidad es más bien un rincón para comer. La mayor parte del sótano se ha convertido en una larga sala enmoquetada con un televisor grande en una punta y una mesa de ping-pong en la otra. Sistema de iluminación con rieles. Nick la llama «zona de recreo», y es ahí donde se sientan.

Macintosh les pregunta si les apetece tomar algo. Añade que hay gaseosa, cerveza, limonada y té helado.

–Yo quiero un Arnold Palmer –responde Nick–. Mitad y mitad. Con mucho hielo.

Billy dice que eso mismo le parece bien. Charlan de trivialidades hasta que llegan las bebidas. El tiempo, qué calor hace aquí en la frontera sur. Nick se interesa por cómo le ha ido el viaje a Billy. Billy dice que bien, pero no añade dónde ha tomado el avión, y Nick no lo pregunta. Nick comenta qué me dices del puto Trump, y Billy responde qué me dices. Ahí empiezan a agotárseles los temas de conversación, pero da igual, porque Macintosh regresa ya con dos vasos altos en una bandeja, y en cuanto se marcha, Nick va al grano:

–Cuando llamé a tu hombre, Bucky, me dijo que tenías previsto retirarte.

–Me lo estoy pensando. Llevo en esto mucho tiempo. Demasiado.

–Es verdad. ¿Qué edad tienes, por cierto?

–Cuarenta y cuatro.

–¿Te has dedicado a esto desde que colgaste el uniforme?

–Prácticamente. –Está casi seguro de que Nick ya sabe todo eso.

–¿Cuántos han sido en total?

Billy se encoge de hombros.

–No lo recuerdo con exactitud. –Diecisiete. Dieciocho, contando el primero, el hombre del brazo enyesado.

–Según Bucky, puede que aceptes uno más si el precio vale la pena.

Espera a que Billy pregunte. Billy se abstiene, así que Nick continúa:

–El precio de este vale mucho la pena. Si accedes, podrías pasarte el resto de la vida en algún sitio cálido. Tomando piña colada en una hamaca. –Despliega otra vez esa amplia sonrisa–. Dos millones. Quinientos mil por adelantado, el resto después.

El silbido de Billy no forma parte de la pantomima, que él no considera una pantomima sino su *lado tonto*, el que muestra a tipos como Nick, Frank y Paulie. Viene a ser como un cinturón de seguridad. No te lo pones porque preveas que vas a tener un accidente, pero nunca se sabe quién puede aparecer en sentido contrario por tu carril en un cambio de rasante. Esto también se aplica a la carretera de la vida, donde la gente vira en cualquier sitio y conduce por donde no debe en la autopista.

–¿Por qué tanto? –Lo máximo que le han pagado por un encargo es setenta mil–. No será un político, ¿verdad? Porque a eso no me dedico.

–Nada más lejos.

–¿Es una mala persona?

Nick se ríe, menea la cabeza y mira a Billy con genuino afecto.

–Siempre me sales con la misma pregunta.

Billy asiente con la cabeza.

Puede que el *lado tonto* sea solo una fachada, pero esto es cierto: solo se ocupa de mala gente. Es lo que le permite dormir por las noches. De más está decir que se ha ganado la vida *trabajando* para mala gente, sí, pero Billy no ve ningún dilema ético en que cierta mala gente le pague por matar a otra mala gente. En esencia, se considera un basurero provisto de arma.

–Es muy mala persona.

–Vale...

–Y los dos millones no los pago yo. Esta vez soy solo el intermediario, que cobra lo que podríamos llamar una co-

misión por representación. No se descuenta de lo tuyo, lo mío va aparte. –Nick se inclina hacia delante y junta las manos entre los muslos. Adopta una expresión seria, sin apartar la mirada de los ojos de Billy—. El objetivo es un francotirador profesional, como tú. Solo que él nunca pregunta si la víctima es buena o mala persona. No hace esas distinciones. Si el precio lo vale, acepta el trabajo. Lo llamaremos Joe. Hace seis años, o quizá siete, da igual, ese tal Joe eliminó a un chico de quince años que iba camino del colegio. ¿Era el chico una mala persona? No. De hecho, era un estudiante ejemplar. Pero alguien quería transmitir un mensaje a su padre. El chico era el mensaje. Joe era el mensajero.

Billy se pregunta si la historia será cierta. Podría no serlo, tiene algo de fabulación de cuento de hadas, pero por alguna razón parece real.

–Quieres que asesine a un asesino. –Como si estuviese aclarándose las ideas.

–Tal cual. Joe está ahora en chirona. En la Cárcel Central de Los Ángeles. Acusado de agresión e intento de violación. Lo del intento de violación, para serte sincero, tiene su gracia, a menos que seas una chica #MeToo. Confundió a una escritora que estaba en Los Ángeles por un congreso... una escritora *feminista*... con una puta. Le hizo una proposición deshonesta, ella lo roció con gas pimienta, él le soltó un guantazo en los dientes y le dislocó la mandíbula. Seguro que la mujer vendió otros cien mil libros por eso. Debería haberle dado las gracias en lugar de denunciarlo, ¿no crees?

Billy no contesta.

–A ver, Billy, párate a pensarlo. Ese hombre se ha cargado a Dios sabe cuántos tíos, algunos de cuidado, y va y una bollera feminista le rocía con gas pimienta. Tienes que verle el lado cómico.

Billy esboza una sonrisa de cumplido.

–Los Ángeles está en la otra punta del país.

—Exacto, pero antes de ir *allí* estuvo *aquí*. No sé por qué estuvo aquí ni me importa, pero sí sé que ese Joe andaba buscando una partida de póquer y alguien le dijo dónde encontrarla. Porque, para que lo sepas, nuestro amigo Joe se las da de tahúr y apuesta fuerte. Abreviando, perdió mucho dinero. Cuando el gran ganador salió a eso de las cinco de la madrugada, Joe le pegó un tiro en la tripa y se quedó no solo con su dinero, sino con *todo*. Alguien intentó detenerlo, seguramente otro panoli que había jugado en la misma partida, y Joe también le pegó un tiro.

—¿Los mató a los dos?

—El gran ganador murió en el hospital, pero no antes de identificar a Joe. El tío que intervino se salvó. También identificó a Joe. ¿Y sabes qué más?

Billy niega con la cabeza.

—Imágenes de las cámaras de seguridad. ¿Ves por dónde van los tiros?

Billy lo ve con claridad.

—La verdad es que no.

—En California lo detuvieron por agresión. Eso no se lo quita nadie. El intento de violación probablemente se desestime. Tampoco es que se la llevara a rastras a un callejón ni nada por el estilo; de hecho, incluso propuso *pagarle*, joder, así que quedará en requerimiento sexual. Por una cosa así el fiscal no se tomará grandes molestias. Teniendo en cuenta el tiempo que ha pasado ya detenido, puede que le caigan noventa días en la cárcel del condado. Deuda saldada. Pero *aquí* se trata de un asesinato, y a este lado del Mississippi eso se lo toman muy en serio.

Billy lo sabe. En los estados republicanos mandan al otro barrio a los asesinos sin escrúpulos. A él le trae sin cuidado.

—Y el jurado, después de ver las imágenes de las cámaras de seguridad, sin duda decidiría aplicarle la aguja al bueno de Joey. Lo entiendes, ¿no?

–Claro.

–Ha pedido a su abogado que se oponga a la extradición, como no es de extrañar. Sabes qué es la extradición, ¿no?

–Claro.

–Bien. El abogado de Joe está dejándose la piel para conseguirlo, y el tipo no es un picapleitos de tercera. Ya ha logrado un aplazamiento de treinta días en una vista, y utilizará este tiempo para buscar otras maneras de retrasarlo, pero al final perderá. Y Joe está en una celda de aislamiento, porque alguien intentó pincharle. El bueno de Joey lo desarmó y de paso le rompió la muñeca, pero donde hay un tío con un pincho, puede haber una docena.

–¿Un asunto de bandas? –pregunta Billy–. ¿Los crips, quizá? ¿Se la tienen jurada?

Nick se encoge de hombros.

–A saber. Por ahora, Joe tiene sus propias dependencias privadas, no ha de cebarse con el resto de la piara, dispone del patio para él solo durante media hora. Además, entretanto, el abogado se pone en contacto con cierta gente. El mensaje que transmite es que ese individuo revelará algo sonado a menos que se libere del cargo de asesinato.

–¿Existe esa posibilidad? –Billy preferiría pensar que no, incluso si el hombre al que mató el tal Joe después de la partida de póquer era mala persona–. ¿Los fiscales podrían retirar la petición de pena de muerte, o quizá incluso rebajarlo a homicidio o algo así?

–No está mal, Billy. Al menos vas bien encaminado. Pero, por lo que yo he oído, Joe quiere que se retiren todos los cargos. Debe de tener algún as en la manga.

–Cree que puede negociar para librarse del cargo de asesinato.

–Dice el hombre que se ha librado de eso mismo sabe Dios cuántas veces –comenta Nick, y se ríe.

Billy no.

–Yo nunca le he pegado un tiro a nadie por haber perdido dinero en una partida de póquer. No juego al póquer. Y no robo.

Nick mueve la cabeza en un vigoroso gesto de asentimiento.

–Ya lo sé, Billy. Lo tuyo es la mala gente. Solo estaba vacilándote un poco. Bebe.

Billy bebe. Está pensando: Dos millones. Por un solo trabajo. Y está pensando: ¿Dónde está la pega?

–Alguien debe de estar muy interesado en impedir que ese tipo saque a la luz lo que esconde.

Nick forma una pistola con los dedos y apunta a Billy como si este hubiera hecho una deducción extraordinaria.

–Eso mismo, tú lo has dicho. El caso es que he recibido un mensaje de cierto tipo de aquí, a quien conocerás si aceptas el trabajo, y el mensaje es que busquemos a un francotirador profesional, el mejor entre los mejores. Para mí, ese es Billy Summers, joder, y no hay más que hablar.

–Quieres que liquide a ese tipo, pero no en Los Ángeles. Aquí.

–Yo no. Yo solo soy el intermediario, recuérdalo. Es otra persona. Alguien con unos bolsillos muy profundos.

–¿Dónde está la pega?

Nick activa la sonrisa. Vuelve a señalar a Billy con la mano en forma de pistola.

–Directo al grano, ¿eh? Directo al puto grano. Solo que en realidad no es una pega. O quizá sí, según como lo veas. Es el tiempo, ¿sabes? Vas a estar aquí...

Abarca con un gesto de la mano la pequeña casa amarilla. Quizá también el barrio en que se encuentra, que, como Billy descubrirá, se llama Midwood. Quizá toda la ciudad, que se halla al este del Mississippi y justo por debajo de la línea Mason-Dixon.

–... una temporada.